

nalismo reaccionario español» (p. 187). El legado de esta trayectoria lo recogió Calvo Serer y el grupo Arbor, que en buena medida convirtieron a España en el epicentro intelectual del nacionalismo reaccionario europeo. El grupo Arbor se enfrentó durante los años cincuenta con un falangismo renovado y con el catolicismo político que evolucionaba hacia la democracia cristiana. Concluye el autor que la ley de Principios Fundamentales del Movimiento fue el éxito de la visión de España y de la comunidad política de Acción Española, de modo tal que «el sueño de Maurras solo se realizó en España» (p. 197).

Las dos últimas contribuciones nos trasladan a la Argentina de entresiglos y a sus discusiones acerca de la identidad nacional. Nuria Taberner, en «La nación argentina en fiesta: 1910 y la controvertida conmemoración del centenario de la independencia», observa cómo alrededor de aquella gran efeméride se confrontaron interpre-

taciones diversas acerca de la identidad nacional argentina. Frente a la tradición republicana, cívica y laica preponderante hasta entonces, se alzó una interpretación, complementaria más que excluyente, que concedía un nuevo valor a la tradición hispánica y al catolicismo. Daniel Lvovich, de la Universidad de General Sarmiento, por su parte, analiza, en «Las naciones del “nacionalismo cultural” argentino a inicios del siglo XX: Migraciones, anarquismo y homogeneidad cultural», dos obras que son consideradas precursoras del nacionalismo argentino: *La restauración nacionalista* (1909), de Ricardo Rojas, y *El diario de Gabriel Quiroga* (1910), de Manuel Gálvez. De inspiración laica y democrática una y de sentido hispanista, católico y antiliberal la otra, ambas expresaron preocupaciones argentinas en torno a la identidad nacional.

Rafael ESCOBEDO ROMERO  
Universidad de Navarra

---

## Silvia SCATENA

*Taizé, une parabole d'unité : Histoire de la communauté des origines au concile des jeunes*

Brepols (Col. Bibliothèque de la Revue d'Histoire Ecclésiastique, 108), Turnhout 2020, 650 pp.

Silvia Scatena es profesora de historia contemporánea en la Universidad de Módena y Reggio Emilia, directora de la revista *Cristianesimo nella storia* y autora de un imprescindible volumen sobre la libertad religiosa en el Concilio Vaticano II, *La fatica della libertà*. Últimamente, ha dirigido sus esfuerzos a la historia de la recepción del Vaticano II en Latinoamérica y a la historia del ecumenismo.

El volumen que presentamos representa un notable acierto editorial ya que desde

hace muchos años se reclamaba entre la comunidad académica una historia sobre Taizé y su influencia en el ecumenismo basada en los archivos y en las fuentes documentales. La obra clásica de Restrepo databa de 1975 y se sustentaba sobre cuatro largas entrevistas al hermano Roger.

El título del libro, *Taizé, una parábola de unidad*, merece una aclaración. El término «parábola» ha sido empleado por la misma Taizé, a lo largo del tiempo, para explicar el carácter de la comunidad. Su primer uso

se debe a Max Thurian en 1946 durante su consagración episcopal. Con ese término se quiere significar que Taizé es un signo, una imagen, más que una afirmación, es una especie de parábola de vida comunitaria evangélica. Diez años más tarde, con el acercamiento de católicos a Taizé, esa «parábola» adquirió el tono de parábola de unidad, parábola de comunión, parábola de reconciliación, expresiones muy recurrentes en las oraciones de Taizé.

El libro abarca desde los años treinta hasta los setenta, con la «convocatoria» del «concilio de los jóvenes» y la instauración de un «estado conciliar» en la comunidad de Taizé para salir del *impasse* ecuménico de esos años. Los primeros años se centran en la figura de Roger Schutz y su formación en la Facultad de Teología de la Iglesia libre del cantón de Vaud, en Lausana. En ese centro de estudios, Schutz siente la necesidad de establecer un modo de vida comunitario en Ginebra, y más tarde cerca de Cluny, con personas deseosas de una nueva espiritualidad, y ese deseo le llevará a establecer contactos con otras personas que siguen caminos parecidos como Margarita de Beaumont, Paul Couturier, Max Thurian y Pierre Souverain.

Los años de la Segunda Guerra Mundial y los inmediatamente posteriores suponen la maduración de esta experiencia, que se va orientando cada vez más hacia la vida monástica, con la elaboración de una cuidada liturgia, una reflexión teológica, una regla, la aceptación del celibato, de la comunidad de bienes y de la autoridad. En definitiva, se trataba de reimplantar la vida religiosa en el seno de las iglesias reformadas siguiendo un modelo mezcla de la tradición benedictina y la franciscana, con la peculiaridad de poner como razón de ser de su existencia la unidad de los cristianos y como tarea propia la promoción del ecumenismo.

La rápida difusión de la comunidad creó sorpresa y propició un gran diálogo dentro del propio mundo protestante, a la vez que suscitaba la simpatía del católico. La apertura ecuménica de Juan XXIII con el anuncio del próximo concilio, junto con la conferencia panortodoxa de Rodas y la tercera asamblea del Consejo Ecuménico de las Iglesias en Nueva Delhi se conjugan con el rápido crecimiento de la comunidad de Taizé.

El periodo que va del final del Concilio Vaticano II hasta el día de Pascua de 1970, en el que se convoca un «concilio de los jóvenes» (que tuvo lugar en 1974), representa el momento más delicado de esta experiencia comunitaria, justo cuando contaba con unos setenta miembros. En esos años la comunidad experimenta una proyección importante hacia el exterior –África, Latinoamérica, países del Este europeo...– a la vez que tiene que lidiar con los efectos del 68, la crisis de identidad religiosa, las nuevas orientaciones del ecumenismo, la cuestión eucarística, etc.

En definitiva, estamos ante la primera historia intelectual y espiritual de la comunidad de Taizé basada en sus fuentes y con criterios historiográficos modernos. Cabe destacar el espacio y la importancia que da el libro al testimonio de las fraternidades de Taizé surgidas en Latinoamérica y en África, que se presentan como una novedad al lector menos familiarizado con el tema de estudio, así como algunas aclaraciones respecto del supuesto paso al catolicismo de Fr. Roger, quien, aun compartiendo la fe católica en materia de sacramentos y la necesidad de la unidad, nunca abandonó la iglesia reformada de la que formaba parte.

Santiago CASAS RABASA  
Universidad de Navarra